



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Patricia Espinosa Hernández

Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile
pcespinosa@gmail.com

Mujer, cuerpo, y violencia en *Sumar* de Diamela Eltit

Woman, Body and Violence in *Sumar* by Diamela Eltit

Resumen

Este texto propone que en la novela *Sumar* (2018) de Diamela Eltit, se visibilizan prácticas contrahegemónicas o de resistencia al poder, el cual aparece configurado como una entidad de control político. Estas prácticas contrahegemónicas no solo tienen lugar en actividades tradicionalmente subversivas, como la marcha, sino también en el propio cuerpo de los manifestantes, el cual se convierte en el escenario de la violencia sistémica. A partir de lo anterior, puedo afirmar que en esta novela sus personajes levantan la utopía de la emancipación al modelo neoliberal, desde cuerpos que operan como signos refractarios a una lógica de guerra-patriarcal; enmarcados en un contexto de derrotas tanto de doctrinas como de prácticas que en el pasado apuntaban hacia un camino de liberación.

Palabras claves

Diamela Eltit, narrativa chilena, violencia, cuerpo, utopía, cyborg.

Abstract

This text proposes that in the novel *Sumar* (2018) by Diamela Eltit, counterhegemonic practices or about resistance to power are made visible, which appears configured as an entity of political control. These counterhegemonic practices not only take place in traditionally subversive activities, such as the protesting march, but also in the protesters' own bodies, which becomes the stage of the systemic violence. On the basis of the above, I can assert that in this novel its characters raise the utopia of emancipation to the neoliberal model, from

bodies that operate as refractory signs to a patriarchal-war logic; framed in a context of defeats of doctrines and practices that in the past pointed towards a path of liberation.

Keywords

Diamela Eltit, Chilean narrative, violence, body, utopia, cyborg.

Ingreso a *Sumar* (2018) -una de las novelas más radicales de Diamela Eltit- y no dejo de pensar una y otra vez en la potencia subversiva de esta escritura que nos aproxima a las tensiones de lo comunitario en el marco del capitalismo avanzado.

Sumar es un territorio por donde se desplaza una diversidad de cuerpos que se toman el espacio público y deciden, a través de una asamblea, marchar alrededor de la casa de gobierno durante trescientos setenta días. Se trata de un cuerpo social-situado que marcha, conformado por vendedores ambulantes, chilenos (Eltit 18), remarca el texto, afiliándose a una territorialidad específica, que aun cree en la posibilidad de interferir en las demarcaciones gubernamentales mediante la ocupación de la calle y la exigencia al poder de un gesto que atenúe su precariedad.

Para la protagonista, la caminata se encuentra ligada al cuerpo que se rebela. El reconocimiento del cuerpo como un territorio de propiedad individual, como única posesión, la capacita para enfrentar el despojo, confrontar al poder e impulsar a la utopía y su fracaso. Porque la marcha y el anhelo de cambio es un deseo condenado a la pérdida. La narración abre acá una veta de conexión con un pasado, el de los trabajadores y sus naufragadas revueltas. Hay, por tanto, una historia que opera como marco, conocida por la protagonista, pero que no por ello logra impedir la reiteración del deseo de cambio y de asalto al poder de todos aquellos “que no resultaran proclives a resignarse o inclinarse ante la moneda o a llorar, a implorar y revolcarse frente a la posibilidad de contar con una montaña de monedas” (Eltit 103).

Quiero mencionar dos desplazamientos de sentido radicales sobre los que se asienta la textualidad en *Sumar*. En primer lugar, está Aurora Rojas narradora y



Aurora Rojas tocaya. A primera vista, estaríamos frente a un caso de dilogía o fenómeno de doble sentido o dos significados en una palabra, como señala Gloria Estela Báez; pero Eltit vacía el nombre propio y sus efectos identificadores, es decir, se aleja de la producción de identidad, y de la figura del doble, que históricamente ha correspondido a una figura binaria y polar, optando por la creación de subjetividad. Para efectos del análisis, señalaré cómo entiendo la diferencia entre identidad y subjetividad. Identidad se refiere a “aceptación o conformidad social, es decir, el sujeto acepta el código cultural y social por el cual se rige el grupo al que pertenece” (Tienza 46), para luego agregar:

identidad es fruto de un momento histórico particular, así como del lugar donde se nace y de la realidad social que se habita. Sería ingenuo, por otra parte, afirmar que el sujeto puede escapar completamente de toda presión social, ya que las interpelaciones constantes de la vida diaria constituyen discursos que nos forman incesantemente, sin que el individuo más perspicaz consiga darse cuenta siempre de ello. Con todo, el sujeto puede concluir que no es capaz o no quiere aceptar el rol que se le ofrece. (52-53)

La subjetividad, por su parte, se refiere a: “un proceso continuo, contradictorio y en permanente construcción [...] la formación de subjetividad sigue al igual que transgrede las reglas socioculturales. Asimismo, un requisito fundamental en la subjetividad es la agencia del individuo, entendida como la capacidad de actuación del ser humano” (Tienza 49). La autora, finalmente señala que:

la formación de subjetividad es un proceso dinámico, puesto que el sujeto siempre está en contacto con otros individuos y se enfrenta a una variedad de situaciones. Mediante estos contactos y experiencias, el sujeto forma su propio ser y decide su conducta. Al mismo tiempo, puede enfrentarse a la



normativa social o, simplemente no acatarla, siempre y cuando el momento histórico propicie una resistencia a las pautas sociales. (53)

En *Sumar* nos enfrentamos a la conformación de una subjetividad como proceso de construcción, ligada y desentendida a su vez de las reglas socioculturales. Rojas, se inscribe en una negación a la exigencia patriarcal de obediencia a lo “natural”.

Este desajuste se orienta a la ruptura de la unicidad, convocando una ambigüedad productiva y la posibilidad de romper los marcos dominantes. La narradora, por tanto, se convierte en un centro generador de sentidos en fuga o, en otras palabras, en un cuerpo-político que subvierte tanto la identidad como la pretendida biología femenina. Esto redundando en una sujeta identificada con la lógica patriarcal, al interior de un proceso donde no cabe la emancipación.

El relato es conducido por Aurora Rojas, nombre que nos remite a una suerte de marca de diversas publicaciones anarquistas de principios de siglo. Rojas es vendedora ambulante y dentro de sí carga con cuatro “nonatos”. Se expresa mediante un monólogo donde reflexiona sobre su condición de mujer, el colectivo y las demandas que motivan la marcha: “estamos absolutamente cansados de experimentar toneladas de privaciones. Hastiados de los golpes que nos propinan las oleadas de desconsideración y de desprecio”. Con una voz férrea, la mujer señala:

[...] nuestra marcha es posible, únicamente, por la resistencia básica del cuerpo y sus órganos. Que este cuerpo que tenemos, arcaico, milenario y siempre en tensión con los inestables músculos de nuestras piernas, nos permitió actuar esta caminata de doce mil quinientos kilómetros. Porque es el cuerpo, el de nosotros, el único que tenemos, el que nos empujó a recorrer las calles, arrastrar un cierto aire fantasmal, el hálito del pasado más circular, la repetición de las columnas y el histórico fracaso encubierto tras una fachada de leve optimismo. (Eltit 77-78)



La marcha, así, está condicionada por la resistencia de los cuerpos que reiteran un “histórico fracaso tras una leve fachada de optimismo” impregnada de una “tozudez enfermiza de esperanza” (Eltit 17). La marcha es el símbolo de una serie de derrotas que, en su reiteración presente, se enmascara de optimismo. Los marchantes saben que su actuación tendrá como destino el fracaso, aun así, marchar es la única opción a la que se enfrentan. Sus cuerpos son vigilados por el poder gubernamental a través de:

una nube que se expande agobiada por la omnipotencia de su captura [...] Una nube inubicable para nosotros. Está radicada arriba o abajo o entre los intersticios de un subterráneo o en la síntesis proteica de una comida espacial [...] La nube es una cifra inmensa (aun en el paroxismo de su parquedad) que se apodera de la suma de nuestros movimientos. Es ávida, provista de una elasticidad envidiable. Un espacio inclusivo que contiene una flota de robots de última generación y el ocaso fílmico de un astronauta [...] El cielo, eso ya lo sabemos todos, se ha convertido en una simple fachada para mostrar su representación más benigna (dotada de una ingenuidad abismal), tras la que se refugian los nuevos satélites condenados a la monotonía de su trabajo y al desgaste que ocasionan los espionajes, Son simples recolectores de la información automática para la que han sido investidos y su tiempo útil tiene una fecha de término ya marcada de antemano. (Eltit 11)

La visión de la nube resulta ser, como bien señala Donna Haraway:

[una] fiesta tecnológica [que] se ha convertido en glotonería incontenible. Cualquier perspectiva da lugar a una visión infinitamente móvil, que ya no parece mítica en su capacidad divina de ver todo desde ninguna parte, sino que ha hecho del mito una práctica corriente. Y como truco divino, este



ojo viola al mundo para engendrar monstruos tecnológicos. Zoe Sofoulis (1988) lo llama el ojo caníbal de los proyectos masculinistas. (325)

La tecnología o los artefactos protésicos, permiten mirarlo todo, desde múltiples sitios. El ojo violador, patriarcal, engendra al hipertexto caníbal, entidad vigilante, que se alimenta de nuestras biografías y cuerpos. Haraway, identifica este ojo como metonimia de la masculinidad. En oposición, la autora propone una visión feminista, multidimensional, subjetiva, nómada, corpórea, parcial y situada. *Sumar* nos enfrenta a una vigilancia patriarcal versus una subjetividad corpórea, parcial, situada que confirma su lugar subalterno, representado como un nudo, una maraña compleja y conflictiva. Rojas así señala: “Somos cuerpos interdictos debido a la ilegalidad que nos han adjudicado. Pero así son las lógicas y las órdenes impuestas por los poderes de los nuevos mapas digitales que se transan de acuerdo a las categorías jerárquicas que les asignan al descontento” (Eltit 20). He aquí una crítica a la racionalidad hegemónica, que marca un territorio habitado por sujetos del disenso. Este mapeo implica la identificación de categorías de descontento, como señala Eltit. El descontento es nada más y nada menos que la demanda de un estado mínimo de bienestar o, dicho en otras palabras, el reclamo por una vida digna. Aurora simboliza en grado máximo la batalla que da el poder sobre los cuerpos como territorios. Como dice Rita Segato: “El territorio, en otras palabras, está dado por los cuerpos” (33), concebidos bajo su autoridad y control. Segato luego señala: “los cuerpos y su ambiente espacial inmediato constituyen tanto el campo de batalla de poderes en conflicto como el bastidor donde se cuelgan y exhiben las señas de su anexión” (38). Esto implica que la propia marcha sea una prefiguración del poder, capaz de concebir territorios-cuerpos opositores como órganos fallidos del sistema de poder. Órganos extirpables o soportables bajo la mirada atenta del poder.

La nube es el “ojo ciclópeo y autosatisfecho del sujeto dominante” (Haraway 331), un lugar de almacenamiento de datos, que no posee un lugar físico sino virtual, que resulta controlada, en este caso, por el poder gubernamental. La nube ha sido programada para apoderarse “de nuestros movimientos”, señala la



protagonista, refiriéndose con ello a un proceso de captura ordenado, premeditado, al cual están siendo sometidos los manifestantes. La funcionalidad de la nube posee un tiempo específico, conocido por el poder, lo cual apela al fin del ciclo de neutralización de la marcha. El fin, por tanto, tiene una fecha y el poder ya la conoce. Este privilegio del poder, ubica una vez más a los marchantes en una posición de vulnerabilidad, al desconocer el término del proceso en el cual se inscriben y el destino de sus cuerpos. Para Judith Butler la “vulnerabilidad” (46) de los sujetos tiene lugar por su desmedrada situación económica y posición social. Este conjunto de sujetos/as invisibilizados/as, los marchantes, son subjetividades vulneradas y vulnerables, que han identificado la marcha como un acto que les permite demostrar su existencia, ocupando un territorio que el poder les niega, por sobre todo, su derecho a demanda.

En la marcha, en tanto conglomerado de sujetos-cuerpos, destaca el de Aurora Rojas, una sujeta manifestante y gestante. Su labor es precisamente gestar para la causa política. Sus nonatos pasarán a formar parte de las filas de luchadores sociales de la marcha. La gestación, es asumida como proceso, mediante la paradoja. Gestar, de tal modo, no implica necesariamente que esta acción ocurra en el vientre: Rojas gesta en su cabeza. Estamos, de tal manera, ante una corporalidad que traspasa el condicionante biológico asignado a la gestación o “embarazo”. De acuerdo a Abel Ignacio Parra: “el individuo construye a partir de la experiencia, la relación que establece como sujeto con su propio cuerpo” (25). Es precisamente la experiencia de Rojas con su cuerpo la que crea un nuevo orden orgánico. Gestar, en tanto paradoja, cambia de lugar y con ello, la sujeta, se sitúa en una posición contraepistémica, al albergar a los cuatro “nonatos” en su cerebro. Rojas así señala: “Son neuronales” (Eltit 31) y pujan por salir a “corroborar el estado calamitoso del mundo” (22). Ante tal situación la mujer acusa: “este es un tiempo excepcional marcado por la ocupación de la que soy víctima” (21). Enunciado que permite corroborar su autoconsciencia sobre una temporalidad particular, donde el cuerpo/territorio ha sido ocupado, es decir, está siendo utilizado para contribuir a la renovación de los cuerpos de lucha. Esta ocupación implica afirmar su condición



de víctima. La función de Rojas es sacrificial, ella realiza una acción que va más allá de su voluntad. Su cabeza se encarga de gestar a los nonatos que, aun sin haber sido expulsados por el cuerpo, poseen voz, discurso, condiciones que dan cuenta de una subjetividad. Estas voces, se dirigen única y exclusivamente a Aurora Rojas, quien ha experimenta un nacimiento interno de los nonatos, estos existen como sujetos, antes de haber sido paridos. Este proceso al que puedo denominar “nacimiento interno”, deconstruye el orden de lo que significa la gestación biológica y la organicidad femenina. Rojas, no requiere de una temporalidad lineal, conformada por el embarazo y el posterior nacimiento, ni menos del uso del vientre como contenedor fetal; sus hijos no han nacido en el fuera del cuerpo de la mujer sino en su interior. Hijos, varones que dependen de una mujer para nutrirlos y educarlos en la injusta privación alimentaria. El personaje insiste en señalar que hay un orden injusto, orientado a vulnerar sus derechos mínimos, entre estos, la alimentación. El futuro de los nonatos será de privación y la mujer, por lo mismo, los prepara mediante una acción sacrificial que implica su cuerpo. Rojas se alimenta, como debe hacerlo toda madre, servil al sacrificio, no por su sobrevivencia, sino por la de los cuatro nonatos:

Tengo que soportar los excesos y comer por mis cuatro nonatos (sic) pero, especialmente, para ellos. Una comida monótona, porque mis hijos son móviles e imperceptibles como cualquier especie invadida por una adicción insaciable a los sabores y yo tengo que enseñarles, con una exactitud prolija, cómo soportar las privaciones y así prepararlos para enfrentar la extensa injusticia de los alimentos. (Eltit 21)

En la cita anterior Rojas compara a sus hijos con “cualquier especie invadida”. Esto implica que forman parte de un proceso de colonización a la cual se enfrentan con sus cuerpos móviles e imperceptibles. Características que dan cuenta de una táctica de sobrevivencia que implica no fijarse a un territorio, movilizarse de manera soterrada, para lograr sortear la vigilancia y sus



consecuencias futuras. Los nonatos son descritos por la madre de la siguiente forma: “irreverentes en su audacia que, desde el umbral más precario de ellos mismos, ya se habían propuesto sobrevivir. Y ahora están absortos, todo el tiempo del que disponemos, en la tarea de recordar, sin pausa alguna, mientras urden un asalto para salir de mí” (Eltit 22). Estas entidades de vida se han propuesto sobrevivir, objetivo que, dadas las circunstancias materiales de la madre, implica un desafío de dimensiones gigantescas. Los nonatos recuerdan, esto implica su conexión con la memoria, al mismo tiempo que planifican salir del cuerpo de Rojas mediante un “asalto; es decir, en un lenguaje guerrero, inesperadamente, sorprendiendo al enemigo: Rojas. Sus existencias, por tanto, no están condicionadas al cuerpo de la madre, el lugar de los nonatos, por tanto, está fuera, en la marcha. Esto implica que el cuerpo de la mujer haya sido simplemente ocupado como lugar de germinación, etapa que tendrá su término.

Para Rojas los nonatos son una obstrucción que no puede impedir, está obligada a soportarlos, porque como mujer, la gestación es un deber y una responsabilidad. Su cuerpo y con ellos los nonatos como organismos inextirpables ocupan un lugar sin considerar más allá de la voluntad de la mujer:

Mis nonatos, los cuatro, encarnan lo más atascado que me habita. Contienen punzadas de angustias antiguas que me indican cómo y en cuanto perviven las imágenes a pesar de que están trenzadas en una comprensible confusión. Entre esas marcas ya crónicas se parapetan los retazos menos manejables que me habitan: sueños, fragmentos, lágrimas, asombro, terrores, certezas, lo sé, que todavía no están dispuestos a rendirse ni al olvido o a la constante y rutinaria resignación a la que obligan los días, ni menos a las fantasías que provocan las monedas enceguecedoras. Así es. Existen sensaciones, pedacitos de puertas, fotografías que se niegan a extinguirse, documentos cartas, escenas de escombros que se reciclan y se reciclan profundizando la obsesión que hoy me embarga. Me recuesto. Tengo que soportarlos. Soportar a los cuatro

nonatos que cantan y luego chillan y se retuercen de angustia en los bordes de mi cerebro. (Eltit 22-23)

La memoria del dolor que habita en los nonatos también es percibida por Rojas como “inmanejable”. Estos son violentados por un cúmulo de recuerdos que comparten con la madre, que han intervenido en la subjetividad rebelde, de estos y de la propia sujeta, y principalmente, en su capacidad de no rendirse ni dejarse seducir por el dinero o el poder. Eltit utiliza el término “moneda” con una doble acepción. Primero como dinero y luego, como un guiño a su condición nacional. En Chile, la casa de gobierno se llama La Moneda. La autora usa la minúscula como una forma de apropiación de un lugar insigne y como crítica a la vinculación entre gobernar por beneficio económico propio.

Hay un ámbito particularmente importante que la narración aborda mínimamente. Esto se refiere al momento de fecundación de los nonatos, así representado:

Sé que mis hijos, cada uno de ellos, me causaron una angustia impresionante, pero ya lo olvidé. Su fuerza, su daño. No recuerdo en qué torsión fui fecundada ni menos podría dirimir el gemido o la inundación de la que fui víctima, una más, lo sé, fecundada o inundada mientras yo recordaba la moneda. Pensaba también en que tenía impreso un destino semejante a una inacabable penitencia o a la constancia cruel que provoca castigo. (Eltit 21-22)

Es un castigo que la cultura y la biología le impone por el hecho de ser mujer. Rojas señala haber olvidado el tiempo de su fecundación; sin embargo, ha quedado inscrito en su memoria el daño que ésta le provocara. Es importante destacar que la narradora se incluye como “Una más”, consignando con ello que hay más víctimas o mujeres fecundadas como un castigo o una penitencia. Mientras ella era violentada sexualmente, ya que claramente fue fecundada sin su voluntad



y en varias oportunidades, mientras recordaba la moneda. Esto implica una disociación entre su mente y cuerpo. Mientras su cuerpo es violado, ella se refugia en su utopía: el asalto a la casa de gobierno. El personaje afirma ser víctima de un sino maldito y de un tiempo que juega en su contra, así dice: “Permeada por un ciclo adverso, en el momento preciso de cada fecundación de la que fui objeto, estaba enfrentando un día malo, ominoso. Ese día que cada uno de los seres que habitamos el mundo conocemos y experimentamos. Un día totalmente en contra” (Eltit 22). Rojas se reconoce como parte de una clase, la de los seres que habitan el mundo, y un género, ser mujer; ambas categorías son preconcebidas por el personaje. Ella sabe que, en algún momento, le corresponderá enfrentar el día de la fecundación. Posteriormente el personaje agrega:

Así me convertí en madre de cuatro nonatos soberbiamente pigmentados, tatuados, nómadas, irreverentes en su audacia que, desde el umbral más precario de ellos mismos, ya se habían propuesto sobrevivir. Y ahora están abortos, todo el tiempo del que disponemos, en la tarea de recordar, sin pausa alguna, mientras urden un asalto para salir de mí, dispuestos a decorar el hábito numérico con el que se certifica el estado calamitoso del mundo. (22)

Rojas fue violada/fecundada, el resultado son los nonatos: “producto de la monótona tecnología humana [...] que no crecen, comen y no crecen, toman agua, comen y toman agua, los cuatro hijos” (Eltit 31), “Un hijo y otro, todos internos, hasta completar cuatro [...] se procrean en mi interior una y otra vez” (31). La mención a la tecnología, indica que Rojas fue sometida a un procedimiento de fertilización. A esto hay que agregar que los nonatos tampoco siguen un ciclo de vida natural. Digo natural, cuando me refiero a las formas y procesos biológicos que se encuentran implicados en el ser humano respecto a la fertilización, acto sexual y desarrollo del embrión durante el ciclo de gestación. Los nonatos no crecen ni se alimentan; es más, se procrean una y otra vez. Esto significa, una vez más,

que estos seres se ciñen a un proceso de existencia diverso, donde su gestación se reitera. No están de tal forma, insertos en etapas de desarrollo, sino que son agentes que de manera constante reiteran el ciclo de gestación. Este proceso antievolutivo, permite vincular a los nonatos con el *cyborg*, definido por Haraway como:

un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción [...] concebido como un objeto codificado [...] Su reproducción orgánica no precisa acoplamiento [...] una imagen condensada de imaginación y realidad material, centros ambos que, unidos, estructuran cualquier posibilidad de transformación histórica. (253-254)

La tecnología como actividad humana concibe al *cyborg* por fuera de la copulación, tal como ocurre con los nonatos, quienes, además, sobreviven mediante un proceso artificial (no natural). Características que permiten identificar a los nonatos con un híbrido, entre humano y máquina, creado por la tecnociencia. La única diferencia entre la definición de Haraway y los nonatos de Eltit es que, según la primera, éstos no poseen ninguna dependencia (255). En *Sumar* los nonatos, dependen de Rojas en términos de hospedaje; sin embargo, esto puede entenderse como una táctica de sobrevivencia. Al respecto Yasna Burich señala que un *cyborg* es “una figuración política consciente de su precaria condición social que busca estrategias para su sobrevivencia” (97). Rojas, por su parte, también puede considerarse *cyborg* debido a su condición de recipiente gestante, intervenida por la tecnociencia. La política del *cyborg*, implicará su necesidad de visibilización y actuación; por tanto, la salida del cuerpo de Rojas es parte de los objetivos de los nonatos, para quienes la condición de huéspedes es transitoria. De igual modo, Rojas también requiere ser visible en su actuación dentro de la marcha como un imperativo de sobrevivencia.

La presencia del *cyborg* permite a la narración dar cuenta de “la alianza entre tecnología e industria bélica penetrando en los cuerpos y sus modos de

resistencia” como señala Rubí Carreño (19) y configurar a la comunidad a partir de la hibridación de los sujetos/as que la conforman. Al respecto, la investigadora Mónica Barrientos, dice: “Con la figura del *cyborg* se fractura completamente el concepto de identidad que una comunidad tradicional necesita para cerrar sus fronteras, abriéndose a otras definiciones” (262). De acuerdo a lo señalado por Barrientos, el *cyborg* materializa la ruptura con la identidad humana, aproximándonos a una comunidad ya no tradicional, sino intervenida por la tecnología. Estamos, de tal manera, ante un cuerpo tecno orgánico, al decir de Beatriz Preciado: “que ha incorporado ya la tecnología [...] Donde “El sujeto del conocimiento situado es una interfaz cuerpo-tecnología. El lugar de producción del saber y de vida está en mutación” (s/p). Rojas y los nonatos, son criaturas orgánicas y artificiales en permanente mutación, pero también subjetividades en tránsito, conectadas al cuerpo y la tecnología.

Mediante un proceso tecno-biológico, Rojas afirma: “Así me convertí en madre” (Eltit 22). He aquí una política de la maternidad que pone en jaque la función materna. Ésta no es producto del nacimiento externo al cuerpo de la sujeta, sino que opera desde el momento mismo de la fertilización. La afirmación de Rojas podría fácilmente asociarse a una posición conservadora, debido al hecho de no separar gestación de maternidad, esta última entendida como un rol cultural adscrito a toda mujer que conciba un/a hijo/a. El conservadurismo de Aurora Rojas se debe a su representación de mujer colonizada. Eltit ve en Rojas un caso de mujer-territorio utilizado por el poder. Rojas ha sido penetrada por la cultura que le asigna, por ser mujer, entendida como un esencialismo, la capacidad de ser fertilizada y de gestar. Así, tanto la fertilización como los nonatos, representan la ley patriarcal, negándole a la mujer la posibilidad de emancipación, determinándola a cumplir con su destino.

El padre de los nonatos es, de tal manera, la cultura patriarcal y su derivada, la tecno-biología. El hecho de que sus hijos sean varones, marca una línea de continuidad patriarcal. Esta funcionalidad del cuerpo de mujer, como mero recipiente, no solo deviene del poder sino también se sostiene en la marcha de

ambulantes. Eltit nos expone a una comunidad revolucionaria que comparte con la cultura hegemónica la subalternización de la mujer. La función de Rojas, en la marcha, es limitada a la de sujeta gestante, por tanto, su participación ideológica es irrelevante. Ella, aun cuando forma parte de un movimiento rupturista del orden hegemónico, se encuentra igualmente atada a su género, tal como ocurriría si Rojas perteneciera a un estamento ajeno al de los ambulantes. Aurora Rojas se encuentra impedida, de tal modo, de ser parte de un proceso emancipatorio.¹ Su existencia es una constante representación, la sujeta actúa de acuerdo a la vida que se le ha asignado:

al igual que ella [su tocaya], yo tampoco tengo un marido, no, pero en la interminable comedia de mi vida sigo actuando como una esposa, como una madre, como una vecina, como un holograma, como una hambrienta, como una amiga, como una resentida, como una testigo, como un cuerpo, como una llorona. Represento a la perfección las aristas más comunes de una vida posible y me siento capaz de actuar incluso las calamidades de una vida imposible. (Eltit 29)

Rojas efectúa una performance de género, una actuación de madre que la ciñe a la cultura patriarcal desde cuatro matrices: como mujer instituida/sometida por el heteropatriarcado (madre, esposa, cuerpo, testigo, no protagonista), como parte de una comunidad (vecina, amiga), como subalterna (hambrienta, resentida, llorona), como elaboración del tecno-poder (holograma). Cada una de estas

¹ La crítica a la izquierda ya ha estado presente en otro de los libros de la autora. En mi análisis sobre *Jamás el fuego nunca* así digo: “Eltit realiza acá una profunda crítica al patriarcalismo de la izquierda chilena. Dominada por la noción de hombre nuevo, hombre revolucionario, hombre luchador y hombre estratega. Las mujeres, por su parte, y desde mi visión, fueron despojadas de ejercer autoridad. La mujer era cómplice, pareja, madre, compañera, pero jamás lideresa” (308). La exclusión de las mujeres puede asociarse, también, con la experimentada por las disidencias. Un caso emblemático es el del escritor Pedro Lemebel, quien fue marginado del Partido Comunista por su condición homosexual. Situación que, debido a la voluntad de apertura y amistad con Gladys Marín, quien en 1994 asume como Secretaria General del partido, genera un cambio radical en el partido y su política de género. Es importante remarcar que Marín ha sido la única mujer en ocupar tal posición en la historia del movimiento en Chile.

matrices implica una actuación que opera de manera no disyuntiva, otorgando al personaje una multidimensionalidad donde el elemento común es su condición de mujer-gestante.

Al cierre del libro, la voz de Aurora Rojas amplía su visión, remitiéndose a un sentido de los nonatos que incluye la planificación comunitaria, de la que ella forma parte. Esto no significa la anulación de su condición de colonizada, solo confirma que obedece los dictámenes patriarcales, ya sea que provengan desde fuera de la marcha o intra marcha. Así el personaje dice: “Los nonatos, los cien, los únicos que conseguimos reclutar, no reparan en una pequeña grieta que experimenta la nube. Nosotros somos obedientes y nos tenemos que dormir. Ahora mismo” (Eltit 177) para luego agregar: “Los nonatos, desvelados (colgados del wifi de la esquina), están cautivos en sus celus” (177). La cifra indica que los denominados nonatos son muchos más que los gestados por Rojas. Haber reclutado algunos, implica no solo que hay muchas mujeres que han pasado por su mismo proceso de fertilización/ gestación sino que hay nonatos que no han querido formar parte de la marcha. El acto de reclutar implica que los marchantes se apropian de la biotecnología para sus propios fines, replicando el ejercicio del poder biotecnológico. La ocupación del cuerpo de la mujer, ocurre desde dos flancos: el poder que lidera el país y el contrapoder, el de los marchantes. En tal sentido, el volumen iguala los poderes, los unifica en tanto práctica colonizadora del cuerpo de las mujeres.

Respecto a los nonatos reclutados y gestados para ser reclutados, Rojas señala que: “no reparan en una pequeña grieta que experimenta la nube”. Esto implica que no poseen la capacidad de detectar fracturas en la nube-símbolo, por su condición de cautivos, precisamente de la herramienta tecnológica del poder. La identificación de la fractura es parte de una táctica de guerra que poseen los ambulantes y, al mismo tiempo, la constatación de que todo poder es permeable. No es sino hasta este momento en que la comunidad de ambulantes manifiesta tener un arma de combate que vaya más allá de la ocupación territorial. La visión, como arma, nos remite al ojo, un órgano humano situado, desde abajo, fiel al lugar que



ocupan los marchantes, que ve grietas en vez de panoramas. Esta visión microscópica, redefine al sujeto-sujeta-comunidad en su accionar político, donde los sometidos y sometidas, demuestran su capacidad para penetrar en la tecnología y exponer uno de sus límites. Ante el “ojo ciclópeo y autosatisfecho del sujeto dominante” (Haraway 331), el ojo tecnológico en este caso, surge el ojo de la otredad, el de los sujetos/as dominados/as. Cada vez que miramos, estamos seccionando la realidad con un sentido político. Al respecto Donna Haraway se pregunta: “¿Cómo ver? ¿Desde dónde ver? ¿Qué limita la visión? ¿Para qué mirar? ¿Con quién ser? ¿Quién logra tener más de un punto de vista? ¿A quién se ciega? ¿Quién se tapa los ojos? ¿Quién interpreta el campo visual?” (333). A partir de las interrogantes expuestas, es posible afirmar que la visión está atada a un lugar, un cuerpo, una subjetividad y una política. Rojas y los marchantes miran desde la posición asignada, la del dominado/a, pero también desde el lugar del insubordinado/a. Por otra parte, Rojas mira desde su cuerpo, pero también desde el cuerpo colectivo, la comunidad de ambulantes. Su mirar es parcial, fragmentario, subjetivo, se mira de acuerdo a un deseo de visión y una posición política. La política de la mirada de Rojas y de los marchantes implica la desobediencia; es decir, ven más allá de lo asignado. Pese a ello no es posible olvidar que los marchantes son los derrotados históricos, representan el fracaso de las utopías de igualdad y dignidad laboral. Los cuerpos de las mujeres, resultan de tal forma, una suerte de máquina de producción de mano de obra tanto para la marcha como para la hegemonía capitalista. Esta apropiación corporal de la mujer responde a una lógica de colonización patriarcal donde ser mujer está condicionado a la potencialidad de gestar. La mujer es, por tanto, una construcción al servicio de intereses políticos y sociales” (Cf. Tubert 9). El beneficio del patriarcado será el control del cuerpo de las mujeres mediante la imposición del sometimiento a los designios adscritos a su género por la tecnociencia. Aurora Rojas es esta mujer construida a la medida del patriarcado. Aun cuando la sujeta manifiesta su desacuerdo con la función asignada no alcanza a elaborar un discurso ni acción



emancipatorias. Rojas así, será parte de la performance patriarcal que reitera y ritualiza el gran deber ser femenino: gestar.

A través del recorrido anterior, he podido identificar que la marcha opera como manifestación de una utopía de la emancipación al modelo neoliberal. A lo anterior, agrego que el cuerpo de mujer es apropiado por la tecnobiología como arma de guerra-patriarcal. La protagonista, de tal modo, representa a la mujer colonizada, disputada por una política de apropiación agenciada tanto en el poder como en los subordinados. La sujeta resulta condenada a cumplir con lo que ella denomina un destino maldito o, lo que es lo mismo, el condicionamiento de género patriarcal que invade su cuerpo mediante la obligación, debido a su naturaleza, de gestar.

Sumar es una novela que prefiguró el estallido social chileno del 18 de octubre de 2019. Hemos puesto nuestros cuerpos en las calles, fuimos parte de las marchas de los trabajadores y trabajadoras, experimentamos y vimos la violencia sobre nuestro/s cuerpo/s. Diamela Eltit ha sido capaz de representar desde una propuesta estética impecable, el horror de los vencidos, el anhelo de esperanza y las tensiones políticas que cruzan el Chile actual. Su narración nos ha permitido ver aquello que los medios, los gobiernos ni el empresariado ha querido abordar ni abordarán. *Sumar* es una novela que una vez más, como suele suceder con la obra de Eltit, nos ayuda a mirar el mundo desde abajo y afirmar -pese a todo- que no queda más que avanzar “sin transar, sin transar, sin transar” (89) como señala Aurora Rojas.

Bibliografía

- Báez, Gloria Estela. “El juego de ecos y espejos: un acercamiento al estudio de la dilogía en la obra poética de Xavier Villaurrutia”. *Acta poética* vol.25 no.2 Ciudad de México sep./nov. 2004, pp. 303-332.
- Barrientos, Mónica. “Herida y resistencia en la obra de Diamela Eltit”. *INTI: Revista de literatura hispánica* vol. 1, nº 93, 2021, pp. 250-267.
- Burich, Yasna. “El cyborg como dispositivo de resistencia al biopoder en *Impuesto a la carne* (2010) y *Fuerzas especiales* (2013) de Diamela Eltit”. *Logos: Revista de Lingüística, filosofía y literatura* 27 (1), 90-104.
- Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós, 2006.
- Carreño, Rubí. “¿A dónde vas soldado? Masculinidades, música e industria de la guerra en *Fuerzas especiales* de Diamela Eltit”. *Literatura y Lingüística* Nº35 (2017), pp. 11-30.
- Eltit, Diamela. *Sumar*. Seix Barral, 2018.
- Espinosa H., Patricia. “Memoria y violencia en *Jamás el fuego nunca* de Diamela Eltit”. "Dossier Chile: Escrituras desde la ruina: cuerpo, memoria y violencia en el Chile del siglo XX". *Revista Altre Modernità*, n. 25 (mayo): pp. 304- 315. <https://doi.org/10.13130/2035-7680/15621>.
- Haraway, Donna J. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra, 1995.
- Parra, Abel Ignacio. *Del cibercuerpo a las paradojas de la corporeidad: ¿devenir-cuerpos (post) humanos?* Tesis Magister en Estética, Universidad Nacional de Colombia, 2011.
- Preciado, Beatriz. “Saberes_vampiros@War Donna Haraway y las epistemologías cyborg y decoloniales por Beatriz Preciado”. <https://paroledequeer.blogspot.com/2014/09/saberesvampiroswar-donna-haraway-y-las.html> [25 de julio, 2022]
- Segato, Rita. *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Tinta Limón, 2014.
- Tienza, Verónica. “La reescritura de la subjetividad femenina en las obras de Dulce Chacón, Lucía Etxebarria y Najat El Hachmi”. Tesis Doctoral en Filosofía, Universidad de Florida, 2010.
- Tubert. Silvia (ed.). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Cátedra, 2003.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

